



EL ARZOBISPO DE SEVILLA

EL BEATO MANUEL GONZÁLEZ GARCÍA, APÓSTOL DE LA EUCARISTÍA

11, IX, 2016

Queridos hermanos y hermanas:

Escribo esta carta pastoral en las vísperas de la canonización del beato Manuel González García, obispo de Málaga y Palencia y antes sacerdote de la archidiócesis de Sevilla y miembro de nuestro presbiterio. Por ello, invito a todos los fieles de la archidiócesis a la alegría y a la acción de gracias a Dios por este acontecimiento, que si es motivo de regocijo para las diócesis de Málaga y Palencia, que él pastoreó, mucho más lo es para nosotros que, con toda justicia, podemos considerarlo como una gloria de la Iglesia de Sevilla. En el comienzo de un nuevo curso pastoral, su canonización debe ser un acontecimiento de gracia y un estímulo que ayude a los sacerdotes a dinamizar y renovar su vida sacerdotal, siguiendo la estela de este insigne hermano en el sacerdocio, y a los diáconos, seminaristas, miembros de la vida consagrada y laicos cristianos a redescubrir la principalidad del misterio eucarístico, centro y culmen de la vida cristiana, el mayor tesoro que posee la Iglesia y el corazón de la vida y ministerio de don Manuel González García. Su canonización debe ser también para todos una invitación bien explícita a aspirar con todas nuestras fuerzas a la santidad. Él se santificó en Sevilla en una época relativamente cercana a la nuestra, respirando del mismo aire que nosotros respiramos y contemplando cada día el mismo paisaje que nosotros contemplamos, lo que nos quiere decir que también hoy es posible ser santo en Sevilla.

1. Nacimiento y estudios.

El que después sería obispo de Málaga y Palencia y una figura señera del episcopologio hispano, el beato Manuel González García, nació en Sevilla, calle Vidrio 22, parroquia de san Bartolomé, el 25 de febrero de 1877 en el seno de una familia sencilla y hondamente religiosa. Fue el cuarto de cinco hermanos. Su padre, Martín González, era carpintero. Su madre, Antonia García, atendía las tareas del hogar. Ella se ocupó especialmente de la transmisión de la fe a sus hijos y de su educación cristiana. Al calor de este hogar humilde, en el que la piedad ocupaba un lugar determinante, no es extraño que Manuel y sus padres desearan que formara parte de los *seises* de la catedral de Sevilla, grupo de niños que

bailaban, y bailan todavía, ante el Santísimo Sacramento en la solemnidad del Corpus, y ante la Inmaculada el ocho de diciembre, y en las octavas de ambas solemnidades. Muy probablemente fue este el punto de partida de su amor a la Eucaristía y a la Santísima Virgen.

Sevilla era entonces, y sigue siéndolo hoy, una ciudad de profundas raíces cristianas. En el último cuarto del siglo XIX, su vida cotidiana seguía estando articulada en torno a la catedral, el arzobispado, las instituciones eclesásticas, los conventos, las solemnidades religiosas, las hermandades y la rica y exuberante religiosidad popular. Si a ello unimos el ambiente sinceramente religioso de su hogar y el ejemplo de los sacerdotes de su parroquia, no es extraño que afloraran en su corazón los gérmenes de la vocación sacerdotal con la misma espontaneidad con que brotan las flores del campo después de las primeras lluvias de primavera.

A los doce años y sin contar con sus padres, que después acogieron con gozo la noticia, se presentó al examen de ingreso en el Seminario. Consciente de la difícil situación económica de su familia, el joven seminarista trabajó como fámulo, servicio al Seminario que prestaban algunos seminaristas de escasos recursos para, sin merma de los estudios, satisfacer la pensión del centro. En él, situado entonces en el palacio de san Telmo, con el rango de Universidad Pontificia, cursó los estudios de humanidades, filosofía y teología, la licenciatura y doctorado en esta última disciplina y la licenciatura en derecho canónico.

2. Ordenación sacerdotal y primeros pasos en el ministerio.

Recibió la ordenación sacerdotal el 21 de septiembre de 1901 en la capilla del palacio arzobispal de manos del beato cardenal Spínola. Celebró su primera Misa ocho días después en la iglesia de la Trinidad, hoy basílica de María Auxiliadora, a la que profesaba una gran devoción. Su primer nombramiento tuvo lugar unos días después de su ordenación: capellán del asilo de ancianos de las Hermanitas de los Pobres de Sevilla.

A comienzos del año 1902, el cardenal Spínola le envió a dar una misión en Palomares del Río, donde tuvo lugar un hecho que será decisivo en la orientación de su sacerdocio. Llegado al pueblo, se dirigió a la parroquia, que encontró sucia y abandonada, escuchando de labios del sacristán los negros presagios que le aguardaban en la misión que debía comenzar sin dilación. Él mismo narra con gran sencillez este suceso que marcará de forma definitiva su ministerio de sacerdote y de fundador. *«Fuime derecho al Sagrario –nos dice- y ¡qué Sagrario, Dios mío! ¡Qué esfuerzos tuvieron que hacer allí mi fe y mi valor para no salir corriendo para mi casa! Pero, no huí. Allí de rodillas... mi fe veía a un Jesús tan callado, tan paciente, tan bueno, que me miraba... que me decía mucho y me pedía más, una mirada en la que se reflejaba todo lo triste del*

Evangelio... La mirada de Jesucristo en esos Sagrarios es una mirada que se clava en el alma y no se olvida nunca. Vino a ser para mí como punto de partida para ver, entender y sentir todo mi ministerio sacerdotal». Así fue en realidad.

3. Arcipreste de Huelva. Fundaciones eucarísticas.

En 1905 don Manuel es destinado a Huelva, ciudad que entonces pertenecía a la archidiócesis de Sevilla y en la que reinaba una notable indiferencia religiosa. Como párroco de san Pedro y arcipreste de Huelva, luchó denodadamente contra la descristianización imperante. Junto a la Eucaristía sacó inspiración y fuerza para estar cerca de los pobres y servirles y para llevar a Jesucristo a todos sus fieles. Su amor al Señor, su entrega y creatividad consiguieron recrear y dinamizar la vida religiosa de aquella ciudad. Le quemaba el alma la pobreza de tantas familias y el abandono de tantos niños para los que creó escuelas con la ayuda del abogado y gran apóstol social don Manuel Siurot.

En esta etapa publica el primero de sus libros, *Lo que puede un cura hoy*, fruto de su amor a su sacerdocio y de su preocupación por la santidad de sus hermanos sacerdotes. Esta obra ayudó grandemente en la primera mitad del siglo XX a muchísimos sacerdotes a vivir fielmente su sacerdocio. En él nos declara su ideal y su suprema aspiración: *“ser cura de un pueblo que no quisiera a Jesucristo, para quererlo yo por todo el pueblo. Emplear mi sacerdocio en cuidar a Jesucristo... Alimentarlo con mi amor. Calentarlo con mi presencia. Entretenerlo con mi conversación. Defenderlo contra el abandono y la ingratitud... Servirle de pies para llevarlo a donde lo deseen; de manos para dar limosna en su nombre aun a los que no lo quieren. De boca para hablar de Él; para consolar por Él...”*.

Una fecha importante en la biografía de don Manuel González es el 4 de marzo de 1910. En ese día reúne a un grupo notable de colaboradoras en su ministerio apostólico y comparte con ellas un sentimiento muy hondo de su corazón. Él mismo nos lo refiere: *«Permitidme -les dijo- que, yo que invoco muchas veces la solicitud de vuestra caridad en favor de los niños pobres y de todos los pobres abandonados, invoque hoy vuestra atención y vuestra cooperación en favor del más abandonado de todos los pobres: el Santísimo Sacramento. Os pido una limosna de cariño para Jesucristo Sacramentado... os pido por el amor de María Inmaculada y por el amor de ese Corazón tan mal correspondido, que os hagáis las Marías de esos Sagrarios abandonados»*. Nació así la *Obra de los Sagrarios-Calvarios*, que no pretendía otra cosa que reparar ante Cristo presente en la Eucaristía los pecados del mundo, con el amor de la Santísima Virgen, del apóstol san

Juan y las piadosas mujeres que permanecieron valientemente al pie de la Cruz junto a Jesús en el Calvario.

A las Marías de los Sagrarios, seguirá pronto la fundación de la rama masculina, los Discípulos de san Juan, los Niños Reparadores, los sacerdotes Misioneros Eucarísticos en 1918 y, sobre todo, la niña de sus ojos, la congregación religiosa de las Misioneras Eucarísticas de Nazaret en 1921. Todas estas obras, entre ellas la primera fundación, la Unión Eucarística Reparadora (UNER), presente en muchas de las parroquias de nuestra archidiócesis, se propagaron muy pronto por todas las diócesis españolas e, incluso, en Latinoamérica gracias a la pequeña revista «*El Granito de Arena*», fundada también por don Manuel.

4. Obispo de Málaga.

El 6 de diciembre de 1915 el Papa Benedicto XV nombra a don Manuel obispo auxiliar del obispo de Málaga don Juan Muñoz y Herrera (1895-1919), recibiendo la ordenación episcopal el 16 de enero de 1916. En 1920 fue nombrado obispo residencial de la misma diócesis e inicia su ministerio invitando a su mesa a un grupo numeroso de niños pobres de la ciudad, señalando así el estilo social que quería imprimir a su servicio episcopal. Como hiciera en Huelva, también en Málaga creó escuelas y potenció la catequesis parroquial. Un aspecto importantísimo de su ministerio fueron los sacerdotes, su formación, su fidelidad y su santidad. Así lo reflejan sus cartas pastorales, en las que señala como meta de la vida sacerdotal, «*dar y darse a Dios y en favor del prójimo del modo más absoluto e irrevocable*».

En ellas manifiesta también una preocupación grande por el Seminario, que a su llegada no debía rayar a gran altura. Sin medios económicos, pero con una gran confianza en el Señor, inicia la construcción de un nuevo Seminario para formar sacerdotes bien preparados en los planos humano, espiritual, intelectual y pastoral, con una impronta fuertemente eucarística. Su meta era que la Eucaristía fuera, como él mismo confiesa “*en el orden pedagógico, el más eficaz estímulo; en el científico, el primer maestro y la primera asignatura; en el disciplinar el más vigilante inspector; en el ascético el modelo más vivo; en el económico la gran providencia; y en el arquitectónico la piedra angular*».

5. Obispo de Palencia.

El advenimiento de la II República trajo consigo en toda España una escalada de hostigamiento a la Iglesia. La quema de conventos e iglesias no fue infrecuente antes de la Guerra Civil, también en Málaga. El 11 de mayo de 1931 un grupo de exaltados incendia el palacio episcopal,

perdiéndose para siempre un sinnúmero de obras artísticas y el patrimonio documental. El obispo pudo salir del palacio incendiado no sin dificultades, refugiándose en la casa de un sacerdote. Dos días después puede llegar a Gibraltar, siendo acogido por el obispo católico Richard Fitzgerald. Allí permaneció siete meses. El 26 de diciembre salió para Madrid, desde donde rigió la diócesis hasta que el 5 de agosto de 1935 el Papa Pío XI le nombra obispo de Palencia. Allí, a lo largo de cinco años, desarrolló su ministerio con el mismo estilo e idéntica entrega que en Huelva o en Málaga. En Palencia incrementó su apostolado con la pluma, con un estilo sencillo, atractivo, lleno de gracia andaluza y, sobre todo de unción, especialmente cuando se dirigía a los sacerdotes o hablaba de la Eucaristía, su gran pasión.

6. Muerte santa

En los años de Palencia su salud se deteriora. Vive su enfermedad de modo ejemplar, con su sonrisa característica y una cordial aceptación de la voluntad de Dios. Antes de salir de Palencia camino de Madrid, hizo llevar la camilla ante el sagrario de su capilla episcopal para decir al Señor: *"Si quieres que vuelva, bendito seas, si no quieres que vuelva, bendito seas"*. Falleció santamente en el Sanatorio del Rosario de Madrid el 4 de enero de 1940. Fue enterrado en la Capilla del Santísimo de la catedral de Palencia, bajo una lápida en la que se lee el epitafio que él mismo redactó: *«Pido ser enterrado junto a un Sagrario, para que mis huesos, después de muerto, como mi lengua y mi pluma en vida, estén siempre diciendo a los que pasen: ¡Ahí está Jesús! ¡Ahí está! ¡No lo dejéis abandonado!»*.

Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 29 de abril de 2001. En su homilía el Santo Padre afirmó que la Eucaristía fue la gran pasión de la vida de don Manuel, subrayando que *"la experiencia vivida en Palomares del Río le marcó para toda su vida, dedicándose desde entonces a propagar la devoción a la Eucaristía"*. Al mismo tiempo el Papa aseguró que el nuevo beato es modelo de fe eucarística, cuyo ejemplo sigue hablando a la Iglesia de hoy.

7. Cristo Eucaristía, fundamento de su espiritualidad.

Quienes han estudiado la fisonomía espiritual del próximo santo, sobre todo la Hermana María del Valle Camino, Misionera Eucarística de Nazaret, la congregación por él fundada, coinciden en afirmar que la clave de las claves, el amor y la pasión de don Manuel, fue indudablemente Jesús presente en la Eucaristía. Él vivió anticipadamente cuanto nos enseñara el Concilio Vaticano II al afirmar que *"la Eucaristía es la raíz, centro, culmen, meta de la vida cristiana"* (LG 11). Ella es el sello carismático que

marca su personalidad, su espiritualidad y su vida sacerdotal. Como ha escrito la citada Hermana, don Manuel *“leyó y enseñó a leer el Evangelio a la luz de la lámpara del Sagrario”*.

Ya he aludido más arriba al acontecimiento que dio una orientación decisiva a su ministerio, el encuentro del sagrario abandonado de Palomares del Río. Con los ojos de la fe vio a Jesús e intuyó su mirada llena de tristeza, una mirada que, según él, no se olvida nunca, que se clavó en su alma, que le hablaba y le pedía más en el ministerio que estaba comenzando. Desde entonces consideró una gran injusticia el abandono de Jesús en la Eucaristía por el rechazo, el olvido y la indiferencia de tantos. Desde entonces sólo deseó anunciar a todas las almas encomendadas a su ministerio la grandeza del misterio eucarístico y acompañar al más abandonado de todos los pobres, el Santísimo Sacramento, reparando los pecados del mundo.

En más de una ocasión le hubo de venir a la mente la más amarga queja que encontramos en el Nuevo Testamento, cuando san Juan afirma en el prólogo de su Evangelio que Jesús *“vino a los suyos, pero los suyos no lo recibieron”* (Jn 1,11), queja que sólo tiene parangón con la afirmación de san Lucas cuando nos dice que José y María buscan en Belén un lugar en el que alumbrar a Jesús, y tienen que marchar a un establo porque *“no había sitio para ellos en el mesón”* (Lc 2,7).

Pienso que más de una vez recordaría también la pregunta de Jesús, cuándo después de la curación de los diez leprosos, sólo el samaritano vuelve a darle gracias: *“¿Y los otros nueve dónde están”* (Lc 17,17). Don Manuel recordaría y meditaría además muchas veces la escena subsiguiente al discurso del Pan de Vida, cuando muchos discípulos dejan de seguir al Señor diciendo entre sí: *“Duras son estas palabras, ¿quién puede oírlas?”* (Jn 6,60). Jesús entonces, seguramente con un rictus de tristeza, pregunta a sus apóstoles: *“¿También vosotros queréis marcharos?”*. Es seguro que don Manuel haría suyas las palabras de Pedro: *“Señor, a quién iremos, sólo tú tienes palabras de vida eterna”* (Jn 6,67-68). Para don Manuel, como nos dice la Hermana María del Valle, la Eucaristía *“es el corazón de la Iglesia, es su esencia, su centro, su vida”*. Es lo mismo que el papa Francisco nos confesara en la audiencia del 5 febrero 2014 al afirmar que *«La Eucaristía constituye el manantial de la vida de la Iglesia. De este Sacramento de amor brota todo auténtico camino de fe, de comunión y de testimonio... No agradeceremos nunca suficientemente al Señor el don que nos hace en la Eucaristía... No acabaremos nunca de captar todo su valor y riqueza. Pidámosle, pues, que este Sacramento continúe manteniendo viva en la Iglesia su presencia»*.

8. La Eucaristía, centro de la vida del sacerdote.

Es bien conocida la propuesta que don Manuel hace a sus sacerdotes, señalándoles como camino de santidad «*llegar a ser hostia en unión de la Hostia consagrada*». Ello significa entregarse al Señor y al servicio de los fieles de forma radical y totalizadora. Él estaba convencido de que el amor a la Eucaristía, que es exigible a todo cristiano, es mucho más exigible a los sacerdotes, que hemos nacido junto a la Eucaristía en el primer Jueves Santo. El Cenáculo es la cuna de nuestro sacerdocio. De ahí la unión estrecha entre Eucaristía y sacerdocio. Los sacerdotes hemos nacido con la Eucaristía y para la Eucaristía, que no existiría sin nosotros. Por ello, más que nadie necesitamos volver a sentir cada día en la celebración de la Eucaristía y junto al sagrario el abrazo de Jesucristo querido, de Jesucristo apasionadamente buscado, de Jesucristo estudiado, de Jesucristo contemplado, de Jesucristo seguido, de Jesucristo tratado en la mañana, al atardecer y en la noche; Jesucristo siempre, queridos hermanos sacerdotes. Él, contemplado y adorado, es el corazón y la fuente de sentido y de esperanza de nuestra vida y nuestro ministerio.

Él es la razón de nuestro existir, como lo fue para el beato Manuel González García, un fascinado, un enamorado de la persona de Jesús. Desde su propia experiencia nos dice que “*la historia de la Iglesia... tiene sobradamente demostrado que el trabajo de rodillas ante el sagrario es infinitamente más fecundo que el trabajo de codos ante la mesa de estudio*”. Encontrarse con Él cada día en el sagrario fue la experiencia más grande, profunda y decisiva de su vida, experiencia de gozo, de amor y de libertad, que le lleva a exclamar con san Pablo: *Para mí la vida es Cristo y una ganancia el morir* (Fil 1,21). *Todo lo considero basura comparado con el conocimiento de Cristo Jesús mi Señor* (Fil 3,8). De ahí surge su apasionamiento por Jesucristo. *Me urge el amor de Cristo* (2 Cor 2,14), como le urge también la necesidad imperiosa de anunciarlo a todos: *Ay de mí si no evangelizare* (1 Cor 9,16).

9. La Eucaristía, sacrificio y presencia.

Don Manuel González nos recuerda muchas veces que en la Eucaristía se perpetúa y actualiza de modo incruento el único sacrificio de la cruz. Por ello, es a la vez memorial y sacrificio. En ella renovamos la inmolación de Jesús por toda la humanidad. De ahí su insistencia en el valor infinito de la Santa Misa, sobre todo de la Eucaristía dominical, que ningún buen cristiano debería nunca omitir. Eucaristía significa literalmente acción de gracias. Don Manuel insiste también en este aspecto cuando nos dice que es la más perfecta glorificación de Dios. En ella, por Cristo, con Él y en Él tributamos

al Padre celestial todo honor y toda gloria. En ella, unimos nuestra alabanza, nuestra glorificación y acción de gracias por todos los dones naturales y sobrenaturales que Dios nos regala cada día, a la eterna alabanza, glorificación y acción de gracias, que Jesucristo tributa la Padre en el sacrificio de la Cruz, que cada día renovamos sobre el altar.

La Eucaristía es el misterio del amor sorprendente de Cristo, que antes de volver al Padre, se queda con nosotros en las especies eucarísticas. Es también el misterio de la suprema benevolencia de Cristo que permite cada día que el pan y el vino, frutopreciado de nuestros campos, por la acción del Espíritu Santo y la palabra del sacerdote, se transformen en el cuerpo y en la sangre del Señor. La Eucaristía, es el *misterio de nuestra fe*, misterio cumbre de la piedad y del amor de Cristo por la humanidad, en el que todo un Dios decide revestirse de nuestra humanidad para ser vecino nuestro, compañero de peregrinación, apoyo de nuestra debilidad y alimento de nuestras almas.

En el sagrario el Señor se hace nuestro eterno contemporáneo, el compañero de camino que, como a los discípulos de Emaús, sale a nuestro encuentro para iluminar nuestros ojos y caldear nuestro corazón con su compañía (Lc 24,13-35). Efectivamente, en la Eucaristía está el Señor con una presencia real y substancial. Esta presencia del todo singular eleva a la Eucaristía por encima de los demás sacramentos y hace de ella el sacramento por excelencia, el don por excelencia. En ella está Cristo mismo, su persona, su cuerpo, sangre, alma y divinidad con una presencia misteriosa, pero real y verdadera. En la consagración el pan y el vino se transforman en el cuerpo y en la sangre del Señor. Aquí radica precisamente el milagro de la *'transubstanciación'*, obra grandiosa del poder de Dios.

Por ello, la Eucaristía es el *misterio de nuestra fe*. Para don Manuel, es el manantial de la vida y de la misión de la Iglesia. En ella -nos dice- está presente Jesucristo, vivo, glorioso y resucitado, con una presencia no meramente simbólica sino real y verdadera. En ella cumple su promesa de no dejarnos huérfanos, de estar *"con nosotros todos los días hasta el fin del mundo"* (Mt 28,20). En ella, se hace vecino de nuestros barrios, amigo y compañero de camino. Por ello, don Manuel nos invita a acompañar al Señor cada día y nos pide que no nos cansemos de postrarnos ante Él para adorarlo, contemplarlo y alabarlo; que no nos cansemos de pasar largas horas ante esta presencia profundamente dinámica, alentadora y bienhechora, pues desde el sagrario el Señor nos atrae para hacernos suyos, nos fortalece y diviniza y abre nuestra vida a una perspectiva de eternidad.

Junto al sagrario cada día reconocemos y proclamamos que el cuerpo de Cristo es el fundamento de nuestra esperanza frente al poder del pecado y de la muerte y frente a los poderes de este mundo. Con el amor de María, la

hermana de Lázaro, nos postramos a sus pies para escucharle. Como Zaqueo, le manifestamos nuestra alegría por tenerlo a la vera de nuestras casas. Con la fe de Pedro le confesaremos como *el Mesías, el Cristo, el Hijo de Dios vivo*, y le musitaremos *Señor, Tú sabes que te quiero*. Como Tomás nos postraremos ante Él para decirle que queremos que sea nuestro Dios y Señor.

Junto al sagrario, por una especie de ósmosis transformante, adquirimos sus actitudes y sentimientos, su entrega, su humildad, su obediencia al Padre hasta el heroísmo y su amor a la humanidad. Junto al sagrario, nuestra existencia se va convirtiendo en una "*existencia eucarística*", en la que todos y cada uno de nuestros actos van adquiriendo ese tono y sabor, ese estilo eucarístico de alabanza y acción de gracias, de adoración y contemplación. Porque esto es así, no es extraño que el papa Benedicto XVI nos pidiera "*a los pastores de la Iglesia que [hagamos] todo lo posible para que el pueblo que [nos] ha sido encomendado sea consciente de la grandeza de la Eucaristía y se acerque con la mayor frecuencia posible a este sacramento de amor, tanto en la celebración eucarística como en la adoración*" (*A los obispos polacos en Visita ad Limina*, 17, XII, 2005). De todo ello estaba convencido muchos años antes don Manuel González y no cesó de inculcarlo a sus sacerdotes. Quiera Dios que en todas las iglesias de nuestra Archidiócesis hagamos cuanto esté a nuestro alcance por cumplir estas orientaciones del Papa emérito y antes del futuro santo, que yo hago más con calor.

Porque la Eucaristía es presencia real de Jesucristo, no es extraño que, a lo largo de los siglos, la Iglesia le haya dedicado las mejores alhajas y la orfebrería más exquisita. Así ha ocurrido en Sevilla, en la que las filigranas de sus orfebres rivalizan con la belleza de sus monumentos. Así ha sucedido también en las demás ciudades y villas de nuestra Archidiócesis, que bien podemos calificar como privilegiadamente eucarística. Para comprobarlo, basta contemplar la orfebrería eucarística de nuestra Catedral y de tantas parroquias del extenso territorio diocesano, la más hermosa que cabe imaginar en España, signo de las profundas raíces eucarísticas de Sevilla, que todos debemos procurar alimentar para estar en sintonía con nuestra mejor historia.

10. La Eucaristía, manantial de vida cristiana y de apostolado.

Con el Concilio Vaticano II recuerdo a todos que "*en la santísima Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, Cristo mismo, nuestra Pascua. En ella se contiene la carne de Cristo, vivificada y vivificante por el Espíritu, que da la vida a los hombres*" (PO 5). Don Manuel González estaba convencido de ello mucho antes de que lo proclamara el Concilio. Para

él, la Eucaristía es la fragua en la que se ha templado el valor de los mártires y en la que se ha encendido el amor de los santos y de los buenos cristianos de todos los tiempos. Él hace suyas las convicciones profundas del Cura de Ars, quien nos dice que en la Eucaristía hallamos al Señor siempre que lo deseamos y allí encontramos toda suerte de dicha y de felicidad. *“Si sufrimos penas y disgustos, Él nos alivia y nos consuela. Si caemos enfermos, o bien será nuestro remedio, o bien nos dará fuerzas para sufrir... Si nos hacen la guerra el demonio y las pasiones, nos dará armas para luchar, para resistir y para alcanzar la victoria. Si somos pobres, nos enriquecerá con toda suerte de bienes en el tiempo y en la eternidad”*. Don Manuel estaba también convencido de que la Eucaristía fue el motor de su apostolado. Él mismo nos lo confiesa: *“Negaría mi historia de sacerdote y de obispo, cerraría los ojos a la evidencia si... yo no colocara como el más eficaz en sus resultados... el apostolado por medio de la Eucaristía”*.

11. La Eucaristía alimento y sustento de nuestras almas.

En la noche de Jueves Santo, el Señor instituye la Eucaristía como banquete y alimento de nuestras almas, como *“Pan divino y gracioso, sacrosanto manjar que da sustento al alma mía”*. Así comienza el bellissimo motete del músico sevillano Francisco Guerrero, que resonó por vez primera en nuestra catedral en la mitad del siglo XVI y que continúa con estas estrofas: *“El Pan que estás mirando... es Dios que en ti reparte gracia y vida, y pues que tal comida te mejora, no dudes de comerla desde ahora”*. Así es, queridos hermanos y hermanas: la Eucaristía es sustento y alimento, tan necesario en los tiempos recios que nos toca vivir, tiempos difíciles para la Iglesia y para la evangelización, tiempos de increencia, de acoso por parte de la cultura inmanentista, tiempos de laicismo militante, de agnosticismo y de olvido de Dios, en los que se pone a prueba la hondura de nuestra fe y de nuestro amor. En este contexto, ninguno de nosotros tiene derecho ni al adormecimiento ni a la tibieza. Tampoco al derrotismo o la desesperanza. En el momento presente, más incluso que en tiempos pasados, estamos obligados a remar contra corriente, a defender y transmitir nuestra fe con coraje y entusiasmo. Para ello, como al profeta Elías, abrasado por el sol y hundido por el cansancio, el Señor nos dice también a nosotros: *“Levántate y come, porque el camino es demasiado largo para ti”* (1 Rey 19,7).

Sin la Eucaristía, recibida con frecuencia y con las debidas disposiciones, los cristianos no podremos vivir nuestra fe y nuestros compromisos con coherencia y valentía. Don Manuel hace suya la respuesta que dan al procurador romano los mártires de Abitinia, norte de África, en el año 304, que habiendo sido sorprendidos por los soldados romanos

celebrando la Eucaristía un domingo en una casa particular, responden al procónsul: *“sin la Eucaristía no podemos vivir”*. Hace suya también la expresión de san Ignacio de Antioquia, quien hacia el año 110, camino del martirio, escribe en su carta a los Magnesios *“¿Cómo podríamos vivir sin Él?”*, es decir, ¿cómo podríamos sostenernos sin claudicar si no es con la fuerza interior que nos brinda el Señor en el sacramento eucarístico. Sin ella nos faltarían las fuerzas para mantener la esperanza, para afrontar las dificultades del camino, para luchar contra el mal, para no sucumbir a la idolatría y a las seducciones del mundo, para seguir al Señor con entusiasmo, ofrecerle la vida, confesarle delante de los hombres (Mt 10,32-33), servir, amar y perdonar, incluso a los enemigos.

12. La Eucaristía, germen vivísimo de comunión y de servicio.

No es una casualidad que Jesús instituye la Eucaristía después de encargarnos el mandamiento nuevo: *“Amaos los unos a los otros como yo os he amado”* (Jn 13,34-35). Lo hace también después de lavar los pies a los Apóstoles. Con este gesto insólito, reservado a los esclavos y, por tanto, socialmente incomprensible, el Señor nos propone un ideal de vida basado en el amor, el perdón y el servicio generoso y gratuito, que sólo es posible vivir con la fuerza interior que nos ofrece el Señor en este *sacramento de piedad, signo de unidad y vínculo de caridad*, como escribiera san Agustín. La Eucaristía nos lleva a los hermanos. Por ello, don Manuel puede escribir: *“Me gustaría morir a la puerta de un sagrario o a la puerta de un pobre”*. Efectivamente, la Eucaristía contiene un germen vivísimo de comunión, de unidad y de servicio a los pobres y a los que sufren pues como nos dijera la Beata Teresa de Calcuta, *“si no reconocemos y adoramos a Cristo en la Eucaristía, no seremos capaces de reconocer a Cristo en los pobres*. Mucho antes nos lo había dicho san Pablo: *Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, todos los que nos alimentamos de un único pan* (1 Cor 10, 17).

Jesús en la Eucaristía reúne a los hijos de Dios dispersos. Por ello, la Eucaristía es fermento de reconciliación y de amor fraterno, el amor que se aprende junto al sagrario; un amor que tiene que impregnar la vida de nuestras comunidades cristianas, de modo que los que nos contemplan extramuros de la Iglesia puedan decir, como decían los paganos de los primeros cristianos: *mirad cómo se aman*, porque tenían, como nos dice el libro de los Hechos, *un solo corazón y una sola alma* (Hech 4,32). Para vivir este ideal, entiende don Manuel que necesitamos el vigor que nos brinda la Eucaristía. Así lo dice también san Pedro Julián Eymard, patrono de los congresos eucarísticos: *“El amor... que no pone su vida y su centro en el*

sacramento de la Eucaristía, se apaga pronto, como un fuego que no se alimenta. Se convierte rápidamente en un amor puramente humano".

El amor fraterno no es simple solidaridad humana, sino el amor sincero, generoso y regenerador que, según nos dice don Manuel, nace del Corazón de Cristo, el amor que se aprende al pie de la Cruz, en la mesa de la Eucaristía y junto al sagrario; un amor que tiene que regenerar nuestra sociedad, purificarla de todas las injusticias, de todas las violencias, de todas las agresiones contra la vida de los más débiles; un amor que tiene que hacer de nuestra Archidiócesis una comunidad sensible a las necesidades de los pobres y angustiados, de los ancianos y enfermos, de todos los que se sienten solos y de los que sufren. Jesús, que se nos entrega en este sacramento, por medio de su Espíritu, introduce en nuestros corazones su propio amor, para que seamos capaces de perdonar, acoger y servir, para que seamos capaces de amar como Él mismo ama.

13. Recomendaciones finales.

Queridos hermanos y hermanas: no quiero terminar esta carta pastoral centrada en la Eucaristía, verdadera pasión de don Manuel González, *el obispo del sagrario abandonado*, sin haceros algunas recomendaciones. Su canonización en Roma por el papa Francisco el próximo 16 de octubre, debe ser para todos los católicos sevillanos una gracia actual, una llamada a reavivar nuestra fe en este sacramento admirable y a situarlo en el centro de nuestro corazón y de nuestra vida cristiana.

Os invito en primer lugar a no perder por nada del mundo la Eucaristía dominical, aspecto este en el que mucho insistió don Manuel a sus sacerdotes y a sus fieles. La Eucaristía dominical la entendía como el verdadero corazón de la semana, un camino privilegiado para alimentar la propia fe y para fortalecer el testimonio. Sin la Santa Misa del domingo y de los días festivos nos faltaría algo que pertenece a la columna vertebral de la vida de un cristiano. Todos hemos de procurar que nuestra participación activa y consciente en ella sea para nosotros el acontecimiento central de la semana. Es un deber irrenunciable, que hemos de vivir no sólo para cumplir un precepto, sino como una necesidad, para que nuestra vida cristiana sea verdaderamente coherente y consciente.

En segundo lugar, invito a los sacerdotes a celebrar la Eucaristía con la dignidad que exige este sacramento admirable, con el amor a flor de piel con que, según don Manuel, Jesús celebró la primera Eucaristía, y con total fidelidad a las indicaciones de los *prenotandos* del Misal Romano. Les pido también no privar a sus fieles de la celebración diaria de la Santa Misa, el acontecimiento más importante que sucede cada día en el barrio o

en la feligresía. Les invito también con el beato Manuel González a potenciar el culto eucarístico fuera de la Misa. La Eucaristía es “*la Cena que recrea y enamora*”, la “*f fuente que mana y corre*”, como escribiera bellamente san Juan de la Cruz; el venero que hará posible la renovación de nuestras comunidades parroquiales, manantial de virtudes, de fraternidad auténtica, de consuelo, de fortaleza y fidelidad.

Sí, queridos hermanos y hermanas, junto a la Eucaristía, visitada, contemplada y adorada, crecerá la santidad y el celo apostólico de nuestros sacerdotes y seminaristas. Junto al sagrario, se afianzará la fidelidad de nuestros consagrados. De la cercanía a la Eucaristía han de salir los jóvenes cristianos, generosos y apóstoles, capaces de vivir una vida nueva y de construir la nueva civilización del amor. Junto a la Eucaristía surgirán vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. En el amor a la Eucaristía florecerán las familias cristianas unidas, fieles, fecundas y evangelizadoras. De la adoración a la Eucaristía nos ha de venir la renovación de nuestras parroquias, de nuestros grupos apostólicos y de nuestras hermandades. Nos vendrá también el empuje espiritual y apostólico de nuestra Iglesia diocesana. Jesús sigue siendo el Pan vivo bajado del cielo que alimenta nuestros corazones mientras peregrinamos hacia la casa del Padre.

Por ello, como hiciera don Manuel González en Huelva, en Málaga y en Palencia, invito a todos los fieles a acudir cada día a visitar al Señor en el sagrario, a doblar las rodillas para adorarlo, a gozar de esta presencia estimulante y bienhechora. No escatimemos tiempo para acompañarlo en la adoración amorosa, en la contemplación llena de fe y en la reparación por nuestros propios pecados y por los pecados del mundo.

En tercer lugar, invito a las hermandades sacramentales de nuestra Archidiócesis, tanto a las llamadas “*puras*” como a aquellas que en el transcurso de los años se fusionaron con otras, sobre todo de penitencia, a revitalizar el culto eucarístico y a crecer en número de hermanos. La mayor parte de ellas son deudas del amor a la Eucaristía de la dama castellana doña Teresa Enríquez, conocida como la *Loca del Sacramento*, que en el año 1511 vino a Sevilla a apoyar la fundación de estas corporaciones. La canonización del beato Manuel González, apóstol de la Eucaristía, puede ser ocasión privilegiada para que estas hermandades no olviden sus raíces y potencien su identidad sacramental, el mejor camino para la renovación y edificación de estas corporaciones.

El culto a la Eucaristía fuera de la Misa, que estas Hermandades tanto potenciaron en el Renacimiento y el Barroco, posee un valor inestimable en la Tradición y en la vida de la Iglesia, que sin duda deberían recuperar para ser fieles a sus raíces históricas. La Iglesia y el mundo tienen necesidad del

culto eucarístico, que tantos frutos de santidad ha dado en el pasado y debe seguir dando en nuestro tiempo. A todos ellos y a los demás cofrades les invito a visitar al Señor, bien en la capilla de san Onofre, bien en la parroquia de san Bartolomé de Sevilla, o en alguno de los conventos de clausura de la Archidiócesis que tienen el Santísimo expuesto todo el día. A todos les animo a acompañar al Señor, a pasar largas horas en conversación espiritual con Jesucristo, en adoración silenciosa, en actitud llena de amor.

14. María, el más genuino y auténtico sagrario.

Es de justicia destacar el nexo profundo que existe entre la Eucaristía y la Santísima Virgen, a la que don Manuel González profesó una devoción filial, tierna y entrañable. Ella concibió en sus purísimas entrañas el precioso cuerpo y la preciosa sangre de su Hijo, como cantamos en el *Pange lingua*. Ella fue el sagrario más limpio y santo que jamás ha existido. De su seno bendito nació hace dos mil años el cuerpo santísimo que veneramos en la Eucaristía. Que ella, mujer eucarística, y la intercesión cercana de don Manuel, nos ayude a todos a crecer en amor, respeto y veneración por este augusto sacramento y en amor y entrega a los pobres y necesitados. Que ellos cuiden de nuestros sacerdotes, seminaristas, consagrados y laicos y nos ayuden a todos a vivir con entusiasmo y fidelidad nuestras respectivas vocaciones.

El próximo 16 de octubre será un día histórico para nuestra Archidiócesis, para la Congregación de las Hermanas Misioneras Eucarísticas de Nazaret y toda la familia eucarística por él fundada. A todos os invito a acompañarlas en la ceremonia que tendrá lugar en Roma presidida por el papa Francisco. Os invito también a los actos que las Hermanas están programando, sobre todo a la Eucaristía de acción de gracias que tendremos en nuestra catedral el domingo 30 de octubre. Termino felicitándoles efusivamente por la canonización de su fundador, especialmente a las Hermanas de las casas de Sevilla y de Palomares del Río, tan queridas por todos nosotros. Les agradezco el excelente servicio que nos prestan en la sacristía de la catedral y en otros ministerios al servicio de las parroquias, entre ellos los grupos de profundización eucarística, formación de catequistas, grupos de oración, etc. Les agradezco, sobre todo, su recordatorio permanente de que la Eucaristía es el mayor tesoro que posee la Iglesia y *el amor de los amores*, al que todos debemos corresponder con un amor proporcionado. Toda la Archidiócesis se une a su alegría y a su acción de gracias a Dios. Les deseo que este acontecimiento excepcional les ayude a fortalecer su fidelidad, y que como premio a esta fidelidad, el Señor les conceda muchas, santas y generosas vocaciones, que permitan mirar con esperanza el futuro de su instituto, enraizado en la Eucaristía, corazón de la Iglesia.

Para ellas y para todos los fieles de la Archidiócesis, mi saludo fraterno
y mi bendición.

+ Juan J. Asenjo
arz. de Sevilla

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla